

DIVAGACIONES

La Universidad, el pueblo
y la política

I

Toda colectividad—como todo individuo— que se aísla y no influye en el medio social en que vive, ni cobra vigor tomando de él elementos renovadores, empobrece y degenera. Para individuos y colectividades así escribió sentenciosamente Federico Amiel: «Quien se calla es olvidado, quien no avanza retrocede, quien desiste abdica; el estado estacionario es el principio del fin; el síntoma formidable y precursor de la muerte.»

Creo que muchas instituciones y organismos de la vida social española están en deuda con la sociedad en que viven, porque no desarrollan toda su energía potencial, ni influyen en la vida del pueblo, ni reciben, como deberían, su influjo saludable.

Y creo que uno de los organismos en deuda con la sociedad en que viven es la Universidad.

Ella debe ser para la ciudad en que funciona y para la nación entera como un ascua roja en ignición constante, un foco de luz y de calor. Allí donde haya un Ateneo o se rinda homenaje a un hombre de valía o se hagan esfuerzos para encauzar el gusto del pueblo, allí donde haya masas de hombres deseosos de aprender, problemas regionales o nacionales que plantear o ciegas energías que dirigir, debe acudir la Universidad con su prestigio y con su ciencia, porque si no su ciencia se enmohece y su prestigio se agota.

Y aunque supusiéramos que el esfuerzo desarrollado por la Universidad entre sus muros es tan vigoroso que basta para mantener sus energías en tensión y su espíritu vigilante, habría muchos motivos para que la Universidad salga a la calle a hacer obra social y pública.

II

Todo el que se ha dedicado a la enseñanza sabe que enseñando se aprende, porque al

exponerlos se organizan los conceptos y adquieren más claridad y determinación más acabada, porque la expresión oral tiene, para el mismo que la emplea, un extraordinario poder sugestivo; porque el esfuerzo hecho para «ponerse a tono» con diversos auditorios que varían de gustos, de inclinaciones y de nivel intelectual, obliga al orador a un trabajo de remoción de ideas y de estilos que da a su espíritu flexibilidad y abre a su deseo de saber nuevas e insospechadas perspectivas.

Además la Universidad no es una abstracción, si no un conjunto de hombres que viven en su patria y conocen sus dolores y su atraso, y si los conocen tienen el deber de socorrerla—ellos más que nadie—porque el deber social es más imperativo cuando el que lo ha de cumplir tiene más medios para cumplirlo.

La ciencia misma que arraiga en la vida y para ella cuaja sus frutos—sopena de esterilidad—exige de quien la cultive no adivinaciones de alucinado, sino constancia de investigador, inquietud de espíritu, claridad mental para descubrir en la realidad movible y complicada la roca sobre que cimentar sus construcciones ideales.

Pero ocurre que los problemas, aun aquellos que se plantean con un interés universal y humano, tienen en cada nación modalidades específicas y no sirve tomar en los libros—con frecuencia extranjeros—soluciones hechas, porque puede ocurrir que aquellas soluciones estén formuladas «en vista» de una realidad social muy diferente de la nuestra.

Los problemas españoles han de ser resueltos en España y para España.

Es un deber patriótico, irrenunciable para los estudiosos, salir al campo y al taller y al pueblo y oír la voz de la tierra y de los hombres, que están ahí, sedientos de agua, sedientos de ideas, sedientos de cordialidad, sedientos de tantas cosas...

Y esa sed han de aplacarla los intelectuales con su labor personal, directa y vívida, no exprimiendo las flacas ubres de la sociología que remite desde París, a precio de catálogo, Alcan, el editor.

III

Si la Universidad tiene el deber de sembrar ideas y de llevar la luz a todas partes, que es como llevar a todas partes la inquietud, al pueblo le toca colaborar, no pasivamente, como cántaro que se hinche, sino de un modo activo, como la tierra que recibe el germen.

Un orador no es—y cada vez lo será menos—un organillero halagador de orejas largas, sino un hombre que ha estudiado en la vida y en los libros y viene a repartir el fruto de su trabajo en una fraternal comunión o—lo que acaso vale más—a producir un choque entre sus ideas y las nuestras. Pero si el pueblo no le ayuda, si halla indiferencia o conformidad pasiva allí donde esperaba encontrar un eco y una colaboración, ya se comprende que por grande que sea su entusiasmo tiene que descaecer y convertirse en frialdad y en tedio.

Sin conciencia colectiva que estimule y comparta, el esfuerzo de unos pocos se pierde siempre.

IV

Tener conciencia colectiva es sentir las necesidades colectivas y organizarse para satisfacerlas, es velar por el derecho propio y el ajeno, interesarse por la política y demandar a todas horas.

¡Interesarse por la política!—pensará alguien—¡pero si aquí no se habla más que de política! Y tendrá razón.

Pero es que «hablar» es muchas veces un modo de «desentenderse».

Política significa «algo que se refiere al ciudadano». Lo que quiero decir es, que somos hombres de la ciudad y de la nación y debemos interesarnos por las cosas de la nación y de la ciudad, que es lamentable acostumbrarse a la idea de que la política sólo interesa a los políticos, porque si empezamos nosotros por decir que la cosa pública sólo a unos pocos hombres incumbe ¿cómo extrañar que estos «pocos hombres» acaben por creerlo, por mirar el patrimonio público como propio y obrar en consecuencia?

Veinticinco años hace que vivo en Valladolid y confieso; con vergüenza, que no he asistido nunca a una sesión municipal. ¡Y a cuántos ocurrirá lo mismo! Es que olvidamos con

frecuencia—si acaso lo hemos sabido alguna vez—que el Municipio es la casa donde se administran nuestros intereses, los míos y los de mi familia y los de todos...

¡Veinticinco años! No he visto en todo ese tiempo rendir a un concejal un homenaje de gratitud, ya se entiende, un homenaje colectivo, clamoroso, ciudadano... Y no cabe duda que entre todos los hombres que han pasado por aquella Casa, alguno lo habrá merecido. Verdad es que tampoco he visto imponer a ninguno una sanción penal. Y no es aventurado presumir que alguno la habrá merecido también.

Por último, tener conciencia pública y civil consiste en ejercitar constantemente y con energía el derecho de petición.

¡El derecho a pedir!—se dirá—¡pero si es el más genuinamente español de cuantos se conocen! ¿Habrá en esta bendita tierra quien no lo ejercite concienzudamente? ¿No nos han dicho voces agrias que somos un pueblo de pedigüeños?

También aquí se oculta un equívoco.

No es lo mismo mendigar al favor lo que puede alcanzarse por el trabajo, que pedir a los poderes públicos medidas de gobierno que satisfagan necesidades nacionales o regionales o locales, necesidades públicas, en fin.

Pedir... ¡vaya si pedimos! Un empleo para mí, una recomendación para mi deudo y una cruz o cinta vistosa para mi vecino. Pero pedir para la ciudad o para la región o para España, estudiar en común las necesidades de todos, pedir, no con conciencia individual y egófica, sino con conciencia ciudadana y noble... ¡eso no hemos hecho nunca!

V

Estas «divagaciones» deshilvanadas pretenden sólo recordar cosas bien sabidas; que pueblo que no tiene conciencia colectiva, sucumbe; que la institución que no contribuye al progreso de la sociedad en que vive, se anquilosa, y que entre los valores que tiene en cartera el pueblo español hay una letra de cambio contra la Universidad, y esa letra el pueblo tiene derecho a presentarla y la Universidad la obligación de hacerla efectiva.

La condesa de Pardo Bazán: Su vida y su obra

Conferencia pronunciada el día 18 de Junio de 1921 en el teatro de Calderón de la Barca de Valladolid.

EXCMO. SEÑOR: (1)

SEÑORAS:

SEÑORES:

La condesa y Valladolid

Hace poco más de un año decoraba esta tribuna una escritora insigne, «honor de la patria de Cervantes» según la frase de Moreau: la condesa de Pardo Bazán. En aquella ocasión, como en otra anterior no muy lejana, Valladolid rindió a la excelsa mujer homenaje proporcionado a sus méritos, oyendo devotamente sus bellas palabras, envoltura brillante de nobles pensamientos; aplaudiendo con entusiasmo lo que la egregia dama nos dijo del patriotismo y de la patria; teniendo en todas partes, en la Universidad y en el teatro, en los salones y en la calle, en cuantos centros y parajes honró con su presencia la condesa, la dulce ofrenda de unas flores para sus manos, y para sus oídos el grato rumor de los aplausos.

Al cumplirse justamente el primer aniversario de aquella su inolvidable conferencia, la condesa de Pardo Bazán se nos fué para siempre; la que ella llamó «sirena negra» se la llevó al mundo inexplorado que ha de ser para todos los nacidos última mansión inevitable.

Murió la condesa de Pardo Bazán; y ya que, por desgracia, no nos sea posible gozar en lo sucesivo su palabra, ha querido el Ateneo que en este curso su espíritu se halle presente entre nosotros, evocando la figura de la escritora y de la dama para que nos parezca que no nos ha abandonado todavía, prolongando idealmente su vida y rindiendo homenaje de admiración y afecto a su memoria.

A los méritos indiscutibles de la condesa hay que agregar en Valladolid un motivo especial de simpatía: Valladolid fué para ella una de sus ciudades predilectas; en Valladolid veía—lo dijo en diversas ocasiones—«uno de los pomos que guardaban intactas

las más puras esencias del alma tradicional de su muy amada España»; a Valladolid dedicó varias hermosas páginas, (*Los Santos de Valladolid*, vid. *Nuevo Teatro Crítico*; *El Degollado*, vid. *La Tribuna*, Mayo 1917) y a Valladolid hubiera vuelto si el abrazo traidor de la Descarnada no hubiera truncado sus propósitos. Justo es, por tanto, que Valladolid, uniéndose al dolor nacional, llore a la escritora insigne que tanta gloria ganó para su patria, y que el Ateneo, a cuyo llamamiento siempre acudió solícita, la dedique un recuerdo fervoroso.

Sólo esto significan mis palabras de hoy. Me anticipo a advertirlo para que nadie se llame a engaño. No son, ni pueden ser, un análisis, un estudio crítico para el que me falta autoridad, atención, tiempo, y ¿por qué no decirlo?, imparcialidad. Serán estas emocionadas palabras más una oración fúnebre, un responso rezado por quien sintió siempre hacia la condesa de Pardo Bazán veneración profunda y la consideró como su maestra predilecta.

La vida de la escritora: Estirpe, infancia y juventud

Para conocer la obra de un literato, de un artista, para juzgarla y comprenderla, acertando a descubrir su significación y su carácter, alumbrando los ocultos manantiales de donde proceden su orientación y su tendencia, y adivinando el secreto resorte intencional que mueve su pincel, su buril o su pluma, conviene asomarse a su vida, indagar si la existencia se le mostró esquiva o amable, porque en estas esquiveces y estas amabilidades de la vida suele hallarse casi siempre la razón que hace de los unos lacrimoso y amargo y al de los otros risueño y optimista.

No suele estar en España—y ello constituye notoria deficiencia de la que muchos, la condesa especialmente, se han dolido—muy cultivado el género biográfico. Una de las pruebas más palpables de ese desolador y acusador desvío hacia las grandes figuras (desvío que es un síntoma, un brote del pálido pecado nacional) es esta indiferencia, esta falta de interés que hace imposible entre nosotros el volumen biográfico, la narración de la vida del novelista, del poeta, del dramaturgo, del pintor que nos deleitan con sus

(1) El excelentísimo señor Arzobispo de Valladolid don Remigio Gandásegui.

obras. Diríase que para los españoles los hombres-cumbres no tienen interés, que nada queremos saber de su vida, de su padecer, de su gozar, de su lucha por el triunfo, de los caminos que anduvieron para llegar a la meta, a la gloria. En otros países hay, como sabéis, toda una copiosa literatura biográfica que cuidadosamente conserva las vidas de los selectos, de los grandes, los sembradores y cultivadores de patria y de civismo, los que marcaron huella y pusieron piedra; y esta literatura confortadora y estimulante nos enseña—lo mismo en Plutarco que en Carlyle—cómo los triunfadores, los que ganaron la cima y la aureola, fueron hombres como nosotros, y tuvieron que trabajar y que pelear; cómo la fortuna no se entrega a nadie, o si se entrega es por raro capricho, a la primer insinuación, al primer requerimiento, sinó que es mujer fuerte que hay que rendir a fuerza de amor y voluntad, poniendo en el empeño toda el alma.

La Iglesia católica, en su mecánica directriz de espíritus, tan sencilla como insuperable, usa este resorte de poner ante la vista la conducta de los elegidos, de los que forman la legión triunfante y gloriosa, los que por la eficacia de sus virtudes en grado heroico ejercitadas ganaron la palma. El *Flos sanctorum* no es más que esto: un recurso educador con el que se logra ponernos cada día bajo la advocación de un modelo digno de ser imitado. De igual modo sería provechoso un ejemplario de héroes que al lado de las vidas de los santos colocasen las de aquellos que, sin haber alcanzado la santidad, merecieron otros dones del cielo—valor, talento, pericia en el gobernar—y que hiciera surgir todas las mañanas ante nosotros una aleccionadora figura para que nos acompañase en nuestros trabajos como un numen protector.

Mientras se llega a esto habrá que contentarse, para conocer la vida de los grandes, con lo que de ellas se recoja, que es bien poco, y de eso poco lo de mayor autenticidad lo que ellos mismos quieran decirnos en forma de recuerdo y apuntes anecdóticos. Así, en lo que a la condesa de Pardo Bazán respecta, la mejor fuente para su biografía está en las páginas con que ella antecedió una de sus novelas, *Los pazos de Ulloa*; datos no muy minuciosos y desde luego incompletos

pues sólo alcanzan al mediodía de la vida literaria de la eximia dama.

Nació Emilia Pardo Pazán de la Rúa en la Coruña el 16 de Septiembre de 1851. De rancia estirpe gallega, juntaba en sus apellidos y en su sangre la raza de los Pardo, los Bazán, los la Rúa y los Mosquera. Su padre, don José Pardo Bazán y Mosquera, era el ejemplar acabado del gran señor campesino, que en la tierra blanda y suave de Galicia, como en estas fuertes y ásperas de Castilla, se conserva ahidalgado y generoso, altivo con altivez que en el trato con inferiores se viste de llaneza protectora; conservador de todas las tradiciones y amante, más platónico que activo, del progreso; temeroso de Dios y amigo de la libertad. Un hombre, en fin, de tipo medio con el equilibrio, lleno de contradicciones, de los temperamentos doctrinarios. Alejado de radicalismos, afiliado al candoroso progresismo del cincuenta, amigo de Olózaga, fué diputado y separóse del partido por votar en pró de la unidad católica, rasgo de independencia que le costó el acta y le valió el condado pontificio que después de su muerte llevó su viuda y que en sus últimos años ha servido de firma a su hija. (1)

En su padre aprendió Emilia Pardo Bazán la afición a la lectura. Y en la biblioteca de un su abuelo—«liberal forrado de masón»—, cuyo retrato, de sonrisa imitada de Voltaire, he visto yo en Meirás (uno de esos tatarabuelos de fines del XVIII, que de un viaje a París nos trajeron, con la tabaquera esmaltada y los lentes únicos, los volúmenes de la Enciclopedia, y que no faltan en ningún linaje español) en aquella biblioteca, densa y variada, sació la niña Emilia su hambre de leer. Fueron, dice ella misma, los libros que más la agradaron *La Biblia*, *La Divina Comedia* y el *Quijote*, preferencia que indica una innata depuración del gusto verdaderamente prodigioso, pues ninguna de las tres obras inmortales parece lectura propia para niños. A los nueve años de edad Emilia garrapatea sus primeros versos: unas quintillas inflamadas a los soldados que vuelven victoriosos de

(1) El condado de Pardo Bazán fué primeramente pontificio. S. M. el Rey don Alfonso XIII creó otro con el mismo título para doña Emilia Pardo Bazán. Al contraer matrimonio el primogénito de la condesa, don Jaime Quiroga, aquélla cedió su condado a su hijo con el título de uno de sus «pazos». Torre de Cela, y reservóse para sí el condado pontificio de Pardo Bazán que ha usado hasta su muerte.

la campaña de África. El férvido españolismo, que tantas páginas y tantos hechos de su vida había de inspirar a Emilia Pardo Bazán guía estos primeros versos infantiles, y la pluma que había de trazar los hermosos *Cuentos de la Patria* y, en horas de duelo y desaliento, la vigorosa defensa *La España de ayer y la de hoy*, se ensaya, movida torpemente sobre la plana de Iturzaeta por la manezuela de la niña coruñesa, con unas estrofas, ingenuas y entusiastas, en honor de los soldados de Castillejos y Wad-Ras.

Fueron estos versos, y otros «de circunstancias» dedicados a Olózaga, huésped de los Pardo Bazán, las únicas demostraciones de literatismo precoz que hay en la escritora. Educada, como la mayor parte de las niñas burguesas, en un colegio de religiosas francesas, nada digno de mención hay en su infancia. «Al cumplir los diez y siete años—dice ella misma—ocurrieron tres acontecimientos trascendentales: me vestí de largo, estalló la revolución de Septiembre y me casé». Era el marido de Emilia Pardo Bazán don José de Quiroga, caballero intachable, de ilustre prosapia como ella, y como ella y con ella señor de tierras, de foros y de «pazos».

El joven matrimonio se trasladó a Madrid, y en Madrid vivió la señora de Quiroga la vida que corresponde a una recién casada del gran mundo. El deporte de la equitación ocupaba entonces la plaza que después han ocupado otros, y las alamedas madrileñas vieron a la gentil amazona con el ajustado corpiño rematado en pico y el pequeño sombrero de copa envuelto en gasa blanca que había decretado la española Eugenia de Guzmán. Un viaje por Francia y por Italia (1872) marca impresión profunda en el cerebro de Emilia Pardo Bazán, desarrollando en él gérmenes hasta entonces ocultos. En aquel viaje debió de surgir en la señora de Quiroga el afán de inquirir; el ansia de curiosidad que había de hacer de ella una tan perspicaz observadora. No la condujo, sin embargo, ese afán por los caminos de la literatura; el viaje de Sanz del Río a Alemania había importado a España el bagaje krausista, y la moda filosófica subyugó a aquella dama de veintidós años que se dió a leer furiosamente a Kant, a Krause, a Hegel, a Ahrens y a sus discípulos, bien que, como contrapeso, leyese al mismo tiempo a Santo Tomás, a Escoto, a los ascéticos y místicos.

A los veintitrés años de edad (1874) «ignoraba—dice ella—la existencia de Pereda y de Galdós». Pocos años más tarde había de igualarles y disputarles la atención del público, y reñir con uno de ellos—el agrio hidalgo montañés—polémicas que en la historia de nuestra literatura se han hecho memorables. Caen en sus manos la primera serie de los *Episodios nacionales*, los que ella llama, aludiendo a su cubierta, «los tomitos de pisto», y publica en reducida edición casi familiar, su primer libro, un volumen de poesías dedicado a su hijo y bautizado como él con el nombre de *Jaime*. Poco después acomete su primer trabajo serio, trabajo de erudición, de análisis, de crítica; un *Ensayo sobre Feijóo* premiado en un certamen literario después de empate con otro de doña Concepción Arenal. El triunfo, harto mezquino sin las circunstancias que le dieron relieve, hizo fijar la atención, más cuidadosa entonces que ahora de estas cosas de la literatura, sobre aquella dama, en el mundo intelectual desconocida, que así ganaba, tras empeñada disputa, el lauro a la primera publicista, autorizada e insuperada representante a la sazón de la feminidad literaria. Y contribuyó—debe decirse—a la frialdad que separó a aquellas dos mujeres hechas para comprenderse y que no llegaron jamás a estimarse plenamente, aunque la irreprochable educación de Emilia Pardo Bazán lograra a veces, no siempre, disimularlo.

La índole del trabajo premiado y los antecedentes de familia abrieron plaza a Emilia en el grupo de «escritores católicos», y en *La ciencia cristiana*, revista que dirigía Oríf y Lara, apareció su firma suscribiendo artículos de filosofía y de sociología. Se creyó por entonces—quizá lo creyese ella misma—que la señora de Quiroga iba a ser la figura femenina que desde la trinchera de la pura ortodoxia diese la réplica adecuada a la señora Arenal, sospechosa de racionalismo, y suscitase entre las dos ilustres damas gallegas un pugilato parecido al que en la novela sostenían Pereda y Galdós.

Gozó entonces gran boga la escritora entre el público piadoso y contribuyó a aumentarla su magnífica obra *San Francisco de Asís*, admirable estudio del «Pobrecito» y de su época. Los príncipes de la Iglesia colmaban públicamente de elogio a la autora, llovían

las bendiciones episcopales sobre la obra y los periódicos ultraderechistas agotaban los ditirambos en honor de la hagiógrafa.

Conviene advertir que en la orientación política de la familia Pardo Bazán habíase operado un gran cambio. La viuda del diputado progresista, madre de doña Emilia, había abrazado con entusiasmo la causa de don Carlos, y en el zaguán de su casa de la calle de Tabernas, en la Coruña, se erguía, en guardia permanente, como un emblema de lealtad, un bausán vestido con el poncho y la boina de los cazadores del Rey; los pazos de la familia—Meirás, Torre de Cela, Santa Cruz—estaban siempre dispuestos para la aventura facciosa—el escondite de armas, el asilo de cabecillas fugitivos—y la adhesión al Pretendiente se revelaba en los nombres y padrinos que los señores de Quiroga elegían para sus hijos.

FEDERICO SANTANDER.

(Continuará)

Jesús y la Samaritana

(ESCENAS BÍBLICAS)

Venit Jesus in civitatem Samaritae.

Junto al borde de un pozo en Samaría y a la sombra de un cedro secular, brillando el sol en pleno mediodía, sentóse el buen Jesús a descansar.

Sin un leve rumor, hora tras hora trascurría la tarde abrasadora.

Salpicada del sol por los reflejos la cumbre de Siquém, era a lo lejos como una enorme lámpara que ardía, junto al viejo sepulcro venerado donde fuera, ya siglos, sepultado el Patriarca de la grey judía.

Fatigado Jesús de la jornada sentóse a descansar, y en el reposo caían de su frente inmaculada cálidas gotas de sudor copioso.

Alegre, con el ánfora en el brazo, una bella y gentil Samaritana llegó por el ribazo de la villa cercana; tomó luego el sendero del pozo patriarcal, cogiendo flores, y entonando con aire lisonjero el canto pasional de sus amores.

Jesús, que conocía toda la pompa vana de la infame mujer de Samaría, con ingenua y afable cortesía la pide de beber, mas la villana, mostrando en su ademán aquel desvío que ya de antiguo había entre el samaritano y el judío, con irónico acento le responde: —*a mí que soy mujer samaritana, judío siendo tú, ¿cómo te atreves agua a pedirme aquí?* Jesús le dice: —*mujer, si tú supieras quién es el que te pide, no ya esquivas, solicita tú misma le pidieras y él te daría entonces agua viva.* —*Agua viva, decís? Está muy hondo este pozo, le arguye tentadora; ¿cómo podréis lograr agua del fondo si no tenéis con qué sacarla ahora?* Jesús responde: —*mira, quien beba de esta fuente, otra vez sentirá la sed ardiente; pero aquel que bebiere del agua singular que yo le diere, sed no tendrá jamás por su ventura; mejor que el manantial de esta cisterna, agua viva ha de ser, diáfana y pura, que bulla y salte hasta la vida eterna.* —*Dadme, Señor, le grita conmovida, del agua pura de la eterna vida, para que más no sienta la sed que me devora ni venga al pozo como vengo ahora.* —*Si de mí agua a beber te has decidido, vete a llamar a tu marido y vuelve.* —*¡Yo no tengo marido!* replica y el rubor cubre sus sienes; Jesús la ha respondido: —*Dijiste la verdad; cinco has tenido y no es marido tuyo el que ahora tienes.* —*¡Profeta sois!* le grita con singular asombro.

La frente humilla ante su faz bendita y soltando la cántara del hombro, a los pies de Jesús cayó contrita.

Luego, arrobada en fervoroso anhelo, con rumbo a la ciudad partió ligera; iba mirando al cielo como si algo divino presintiera.

Ya el crepúsculo vago preludiva del valle los rumores; ya el sol agonizaba en su lecho de pálidos fulgores.

Al rás del horizonte, mansa la luna plateaba el monte, y, allá perdida en la extensión lejana, como la imagen que adoró el profeta, ¡destacábase blanca la silueta de aquella meretriz samaritana!

PEDRO GOBERNADO

«Fuye de perro bermejo...»

Atravesábamos el lugarejo de Bamba. Se-gaba lejos la cuadrilla y, esta tarde, en segui-da de comer, tomamos el trote por un camino arenoso y hondo, entre altos vallados de tie-rra. En la pendiente de las cercas de barro, reseco y agrietado, se ergufan los cardos to-dos llenos de polvo y de telas de araña, con los tallos partidos y las flores colgando, ya muertas y crujientes. El látigo, de un sólo golpe, las troncha, y el caballo, al estallido, alzaba la cabeza y la sacudía nerviosamente. Hundía las patas, hasta el corvejón, en el polvo carnido como harina, y aún quería mostrar gallardía y bríos, sacando los cascos del arenal abrasado, en aquel camino perdido y solitario, bajo la ola de luz, algo velada por la calina, y bajo el fuego amodorrado y dur-miente de la tarde de Julio.

Cegaba el polvo, brillaba en la llanura una hoz de segador, un canjilón de noria, rápida-mente...

Y al fin llegamos al lugar de Bamba, que, con tan alto nombre, es una aldeuca con ca-sas de tierra, en torno de la iglesia renegrida. Ella, penosamente, levanta un poco sobre el poblado a su triste espadaña, honrada con una campana y un esquilón; y en aquella ho-ra, la torrecilla destacaba, vibrante y temblo-rosa de contorno, sobre un fondo de esplendorosa luz. De las bardas de los corrales desbordaban las higueras, y las hojas an-chas, abiertas y escotadas, brillaban al sol, como de metal.

Bajábamos por una cuestecilla hacia la pla-za, resbalando los caballos en la roca a flor de tierra, descarnada por los chubascos. Por el calluco de enfrente subía un mísero rebaño, que venía del vado, de abrear. Llegábamos nosotros y el hato a la plaza soleada, cuando las ovejas, todas a una vez, atemorizadas, corrieron al cobijo de una portalada; los caba-llos dieron un bote rápido de costado y enfi-laron las orejas hacia un punto.

Fué como un relámpago.

En lo desierto de la plazuela, frente al sol, un perrillo bermejo danzaba el trágico paso de la rabia. Erguido sobre sus patas, batiendo el aire con las manos, loco, sacudido, pal-pitando y temblando, lleno de fiebre, clavaba los ojos en el sol. Se sostenía como de mila-

gro, y del hocico abierto, de entre los dientes agudos y blancos, hilaba una baba cristalina.

Los caballos, sin atender a la brida, arran-caron sacudiendo la cabeza, y estremecidos.

Ya lejos, pregunté:

—¿Has visto?

—Sí; un perro rabioso.

—Va a morder a las ovejas.

—Lo matarán antes.

—¿Y si las muerde?...

A la vera del arroyo, en los prados, había otros rebaños, tranquilos. Debimos avisar, y pasamos de largo. Cuando atravesamos el regato, sereno y ancho allí, pensé que ponfa-mos una buena barrera ante el riesgo del can. Pero aun mirábamos hacia atrás. Yo pensa-ba: «Fuye de perro bermejo...»

En el rastrojo solió el mastín, pesado y bonachón, moviendo torpemente la cola. Hizo una fiesta a los caballos, y a los hom-bres nos miró a los ojos. Después se acogió a la sombra que hacíamos con las cabalga-duras, y según andábamos tras el carro, que iban cargando, el perro seguía, siempre a nuestra sombra, y un caballo también se guarecía tras el otro, bajando la cabeza.

—Ahí en Bamba había un perro rabioso —decimos al mayoral.

—Pues si éste rabiara...—rezonga un za-galón, riendo mientras mira al mastín adormecido.

—Si este rabiara, ya te darías tú con los talones en la rabadilla, animal,—opina cal-mosamente un viejecillo, liando el cigarro.

Y temblamos, recordando al perrillo rojo.

Hemos de ir al río y apenas queda tarde. Agujiamos y, al retornar por Bamba, los caballos se resisten. Aunque no sabemos otro camino que el ya andado, tenemos que ceder. Vamos, pues, por camino nuevo, tan-teando a lo largo del arroyo, en demanda de un vado.

Y yo pienso:

- «Ama e sigue buen consejo;
- «Fuye de perro bermejo;
- «Por nuevo camino, el viejo
- «Non dexarás...»

El «Tractado de Doctrina» no previó este caso: que en el camino viejo haya perro ber-mejo, y, además, rabioso. En tal sazón, ¿qué hacer...? Tomar camino nuevo, y mil veces tomarlo.

Aquel cacho de plaza, con las puertas ce-

rradas, en el abrasado rincón, entre dos tapias; aquel can rojo, loco, espantoso, saltando sobre sus patas rígidas, luchando con el fantasma de la horrible muerte, apartan de la vfa vieja como un «buen consejo».

Y, cuidado no tembléis al pasar por allí después de muchos años...

FRANCISCO ANTÓN

EPITAFIO

Descansa en paz, pobre mujer, y acoje esa noble expresión del cristianismo: mil vidas que tu flor viva y deshoje, ¡ay! te fatigarás y harás lo mismo.

F. DE GUEVARA

Folk-lore burgalés

Vamos a referir las noticias y tradiciones que hemos recogido sobre el terreno, que ilustran y corroboran la realidad histórica de las leyendas más famosas de la literatura castellana; o sean, la del Cid, altamente heroica, y la de los Infantes de Lara, quizá la de mayor grandeza trágica del mundo. Por ellas se desprende que la memoria de los célebres personajes que en ellas toman parte se ha perpetuado a través de las generaciones hasta el siglo xx, a despecho de aquellos críticos que han puesto en duda su existencia.

En el campo de la Historia no se levanta un hombre de la grandeza moral y del aura popular de Rodrigo Díaz de Vivar, tan conocido por el Cid Campeador. Sus cualidades sobresalientes y las hazañas que realizó fueron embellecidas y adornadas por la musa popular, en términos que cuesta gran trabajo a la crítica depurar todos los hechos que se le atribuyen, y hasta han causado la desesperación de algunos historiadores, que no pudiendo desembarazarse y orientarse en el laberinto de tantas tradiciones, han llegado hasta a dudar de su personalidad.

Esta se halla comprobada: por la firma del héroe estampada en variados documentos públicos; por el monumento levantado en el solar de la casa en que nació; por los

restos de la Iglesia de San Martín, donde fué bautizado; por la Iglesia de Santa Agueda, todavía levantada, testigo de la celebrada jura; por sus restos y los de su mujer doña Jimena, guardadas al presente en el Ayuntamiento de Burgos; por su carta de arras conservada original en el archivo de la Catedral burgense; por los sepulcros que tuvieron en el Monasterio de San Pedro de Cardeña; por la calle del Cid en Burgos; por las Crónicas árabes y cristianas y por las siguientes tradiciones que no he visto recogidas ni en los romances, ni en la *Crónica del Famoso Cavallero Cid Rui Diaz Campeador* de San Pedro de Cardeña.

Si vais por la ribera del río Ubierna, y principalmente por Quintanilla Morocisla y Vivar del Cid, que hoy forman el municipio de Quintanilla Vivar, os dirán, que siendo Rodrigo Díaz muchacho, era sumamente travieso, y sus fechorías llegaron a indignar y encolerizar en grado tal a su madre, que con la sana intención de deshacerse de su hijo le ordenó fuese por yerba desde Vivar, donde vivía, a un prado próximo a la orilla del citado río, a la sazón que en el mismo moraba una terrible culebra, espanto de la comarca. El pequeño obedeció a su madre y sin amilanarse cogió un saco y una hoz y se encaminó al prado mencionado, donde al poco tiempo se encontró con la culebra: ésta se lanzó sobre el rapaz, quien, sereno y animoso, no sólo la hizo frente, si no que con un golpe de hoz la cortó la cabeza y luego la hizo trozos que metió en el talego de la yerba, y se lo llevó todo a su madre, que quedó asombrada de tamaña hazaña a semejante edad. No pára aquí la leyenda, pues añade que desde entonces no se ha encontrado culebra de ninguna especie por aquel contorno; hecho que me confirmaron los que me la contaron.

Esta leyenda tiene un punto de contacto con una singular conseja que comenzó a circular a los pocos años de fallecido el Campeador, y de que ya se hizo eco Sandoval cuando escribía: «Cuentan que Rodrigo Díaz era natural de Vivar, que es una pobre aldea cerca de Burgos, y que era de gente humilde hasta decir que era hijo de un molinero y otros disparates semejantes que se sacaron de habilllas y cantares y romances viejos de aquellos tiempos». Aunque los padres de Rodrigo se sabe fueron personas nobles, Diego Lainez,

descendiente de Diego Porcellos y de Lafn Calvo, y Doña Teresa Rodríguez, hija de Rodrigo Alvarez, Conde y Gobernador de Asturias, o Doña Teresa Núñez, hija del Conde Don Núñez Alvarez de Amaya, como cuentan la mencionada Crónica del Cid y Mariana, sin embargo, el afán de hacer hijo del pueblo tan simpático personaje, propagó pronto la idea de que Diego Lainez le tuvo en una molinería; y así el Poema del Cid, escrito hacia el 1200, en la edición anotada por D. Ramón Menéndez Pidal, Madrid 1900, en los versos 3.378 a 80, entre los insultos que dirige al Cid, Asur González, en las Cortes de Toledo, cuenta

¿Quien nos darle nuevas de myo Cid el de Bivar?
 ¡Posse arío d'Ovirna los molinos picar
 e prender maquillas, commo lo suele far!

o, cual consigna la referida Crónica, poniendo palabras semejantes en boca de Garcí Ordóñez, tío de los condes de Carrión, dirigidas al Cid: «e vayase para el río de Quierna, donde es natural, e adobe sos molinos, ca menester lo aura ayna».

También os contarán en Quintanilla Morocista y Vivar cómo contendiendo ambos lugares sobre sus términos jurisdiccionales, remitieron la decisión del litigio al arbitrio de que el término de Vivar alcanzase hasta el punto en que lanzase una gran piedra Rodrigo Díaz. Este cogió dicha piedra y desde Vivar la arrojó con tal violencia en dirección de Quintanilla, que se temió diera contra la iglesia de este lugar, distante de Vivar 1.500 metros, y entonces cuentan que Rodrigo exclamó:

Detente, canto,
 no peques conira el Santo,

a cuyas palabras se detuvo en las inmediaciones del templo que hoy suponen próximo a la carretera, por cuyo sitio pasa la linde de los dos pueblos.

Este poder maravilloso del Cid sobre la naturaleza, se asemeja al que el Señor ha concedido a ciertos siervos suyos tenidos por santos; y, en efecto, a aquél se le considera en España, según frase de Sandoval, *por muy siervo de Dios*. En la Catedral de Salamanca muestran un crucifijo de madera de una tercia de largo, que se dice llevaba en las batallas: en estas entraba siempre invocando a ¡Santa María!; en el Poema del Cid se le presenta como hombre de oración,

muy religioso y favorecido por San Lázaro, a consecuencia del acto insigne de caridad que llevó a cabo con un leproso; según tradición conservada por el Padre Palacios en su manuscrito *Historia de la Ciudad de Burgos*, escrita en 1729, tanto él como Fernán González pertenecían a la Cofradía de la Inmaculada, establecida en la iglesia de Santa Agueda de esta ciudad; y aún el Padre Berganza asegura que Felipe II solicitó su canonización del Romano Pontífice.

Otros hechos extraordinarios se atribuyen a este guerrero esclarecido.

Entre Basconcillos del Tozo y Arcellares, en el partido de Villadiego, enseñan los naturales del país una hondonada donde dicen está *La Patada del Cid*; muestran una señal en la roca donde unos dicen se arrodilló Babieca, el famoso caballo que utilizó el Cid por espacio de 40 años, y fué enterrado a la entrada del monasterio de San Pedro de Cardaña, y otros que dejó marcados sus cascos, y su amo la punta de la lanza. Por la acción del tiempo o de los elementos las señales son vagas e imprecisas. La tradición asegura que dicha hondonada servía de refugio a una culebra de una largura tan descomunal, que cuando acostumbraba a ir a beber agua al molino de Barrio Panizares, distante media legua, la cola permanecía todavía en la misma hondonada; el Cid se atrevió a combatir con tal culebra y la mató, y precisamente al quererla rematar con su lanza, haciendo un gran esfuerzo, el caballo dió una rodillada en la roca.

Parecida conseja tienen en San Martín de las Ollas, merindad de Valdeporres, con unas *pegadas* o señales de cuatro herraduras en una roca, que suponen los del país las dejó marcadas el caballo del Cid al dar el salto formidable desde allí hasta la Lora.

Entre Ages y Atapuerca, hacia la parte del mediodía, se extiende un terreno que denominan el «Campo de la Matanza» por la sangrienta batalla librada en 1054, entre Fernando I de Castilla y su hermano don García de Navarra, que costó a este monarca la vida, y cuyas entrañas se supone enterraron delante de la iglesia de Ages. Pues bien, en esta batalla cree el pueblo que el Cid llevó de unos montes inmediatos un terrible pedrusco, que aun hoy se contempla en medio del campo.

Y, en fin, el cuento recogido y publicado por don Víctor Balaguer en su obra *En Burgos*, de labios de un octogenario, mozo de espuela al servicio de los monjes de Fresdelval, es también curioso. Todos los años el día de Difuntos, a la media noche, el Cid armado de todas armas, sobre su caballo encubertado, sube lentamente por la cuesta que da acceso a la meseta alfombrada que se extiende al Oriente de las ruinas de dicho monasterio. Ya en la meseta, se dirige hacia el cabezo donde remata por la parte del mediodía, y desde allí lanza escrutadora mirada hacia Burgos y sus alrededores. En seguida, virando su caballo y aplicándole la espuela, se arroja a vertiginosa carrera a lo largo de dos o tres kilómetros de la meseta, que recorre en varias direcciones; y cuando ya están fatigados caballo y caballero, se asoma de nuevo al citado cabezo, y asegurado de que aún permanecen su Burgos, su Vivar y sus tierras de Castilla, lanza su postrera mirada sobre la ciudad y pausadamente deshace su camino, baja la cuesta de los Grillos, y en unos de sus recodos desaparecen de repente corcel y ginete hasta el año venidero.

No es tan viva en el país la tradición de los Infantes de Lara, antes al contrario se ha debilitado tanto, que apenas quedan ya rastros de ella, y se ha adulterado y bastardeado con las caprichosas y fantásticas creaciones de Matos Fragoso, Duque de Rivas, D. Manuel Fernández y González y D. Vicente García y García, que se han infiltrado entre el pueblo. Para contrarrestar esta falsa corriente y dar nueva savia a la auténtica leyenda, el que esto escribe ha reproducido en *El Eco de la Sierra*, periódico que se publica en Salas de los Infantes, la *Efioria del noble cauallero el conde fernán gonzález con la muerte de los siete infantes de lara*, impresa en letra gótica en Toledo a 11 de Enero de 1511.

Realmente, D. Ramón Menéndez Pidal, en su admirable libro *La Leyenda de los Infantes de Lara*, ha recogido sobre el terreno toda la leyenda de los mismos, y me ahorra el consignar aquí lo que yo también he oído de labios del pueblo.

DOMINGO HERQUETA

Balada de los caminos del amor

De José María López Picó.

—Soy de amor un peregrino
y no sé ningún camino.
¿Quién me mostrara la vía,
quién la senda me diría
que conduce a mi destino,
y como ley fiel y eterna
le gobierna?
¿No tienes, noche, un lucero
que me muestre el derrotero?
Que soy un pobre trovero
de amor,
y no sé ningún sendero;
no sé el camino que sigo.
Dolor,
¿quieres venirte conmigo?—
Y el Dolor díjome así:
—¿Me pides luz, peregrino,
y alumbrada dentro de ti?
¿Buscas, teniendo todos, un camino?—
Y asentí.
—Busco por fuera lo que llevo dentro,
y, sin duda, por eso no lo encuentro,
peregrino del amor;
noche, ilumine mi sendero tu astro,
que en él quiero dejar profundo rastro.—
Y me dijo así el Dolor:
—Sigue tu estrella que, al andar la vía,
no deja huella de su paso al día.—
Y contesté al Dolor, con hondo amor:
—Quiero al día mi ley dar como ofrenda,
y ser principio y fin sobre mi senda.—
Y respondiéndome el Dolor:
—¿Dejas, poeta, por humano suelo
de la inmortalidad el ágil vuelo?—
Y repliqué al Dolor, lleno de amor:
—Saldrá florida la inmortalidad,
a cada brote de la humanidad.—
Y luego, añadió el Dolor:
—Anda, y verás la tierra florecer;
camina, mozo, y busca tu mujer.—
Y pregunté al Dolor, con hondo amor:
—Y dime, ¿dónde hallar esa mujer,
que su nombre la vida hace querer?—
Y el Dolor, sonriendo levemente,
me contestó, con aire confidente:
—La encontrarás en tu camino, sí;
mas junto a ella me hallarás a mí...—

Tradujo:

ZACARÍAS YLERA.

Sobre unas conferencias

I

El sabio catedrático de la Universidad de Zaragoza, don Antonio de Gregorio Rocasolano, invitado por esta Universidad, ha dado varias conferencias acerca de «Los infinitamente pequeños morfológico, químico y fisiológico», exponiendo numerosos trabajos originales que revelan un delicado y feliz espíritu de investigación, reconocido en todo el mundo de la ciencia. Es, pues, una de nuestras glorias nacionales de la actualidad, que por desgracia escasean bastante, si bien es cierto que su brillantez compensa lo reducido del número.

Intentaré en algunos artículos dar cuenta de las ideas expuestas por el señor Rocasolano, pero se encontrará defraudado el lector que espere ver un reflejo exacto y perfecto de las mismas, pues sólo encontrará uno débil e imperfecto; algo así como la imagen de un hermoso rostro reflejado en la superficie de un mal pulimentado espejo. (1)

Los seres vivientes ¿se rigen por las mismas leyes que los no vivientes? Entre la materia viva y la inerte ¿existe realmente una solución de continuidad? Preguntas son muy difíciles de contestar categóricamente. Las investigaciones científicas procuran resolver los problemas indicados con la esperanza de realizarlo; las conquistas realizadas ya, abren horizontes nuevos y dan más risueñas esperanzas.

Pero en oposición a los que así trabajan, algunos proclaman que el maravilloso Alcázar de la vida no se rendirá nunca, y que el mecanismo de los fenómenos vitales, ha de estar siempre fuera del alcance del investigador. Y esto, porque es muy cómodo suponer que los fenómenos de la vida son producidos por una fuerza vital, y admitir entelequias, *archeos*, principios vitales, de naturaleza misteriosa, y desconocida para siempre.

Esto es lo que no se puede admitir. Un negativismo que pretende apriorísticamente cerrar caminos al que con plena honradez

científica busca la verdad, es sencillamente ridículo y la historia nos lo demuestra perfectamente.

Augusto Comte, uno de los fundadores del positivismo, consideró como eternamente imposible averiguar la composición de los astros, y años después, Kirchof y Bunsen fundando el análisis espectral, realizaron el supuesto imposible. Hoy se conoce la composición química de los astros, analizando, no materia de ellos procedente, sino rayos de luz, y se ha comprobado la unidad de composición del Universo. Un elemento químico, el helio, se ha descubierto en el Sol antes que en la Tierra.

Berzelius y Liebig, químicos, y químicos excelsos, afirmaban rotundamente que los cuerpos orgánicos, a pesar de estar formados por los mismos materiales que los inorgánicos, no se podrían sintetizar porque únicamente la vida podía moldear las arquitecturas afligranadas de las moléculas orgánicas, y en 1828, Woehler obtuvo por síntesis la urea; desde entonces se han obtenido más de 150.000 compuestos de la misma índole, y el laboratorio es más rico en azúcares que la Naturaleza, y las albúminas, últimos cuerpos que resistían a la síntesis, han sido sintetizadas.

En la Naturaleza, se observan constantemente las mismas fuerzas, los mismos elementos químicos, las mismas leyes; en todo se observa una suprema unidad. Las definiciones, las clasificaciones, pocas veces tienen más valor que un valor de método. Es un deber elemental, dijo Kant, para el hombre de ciencia, explicar, mientras pueda, los fenómenos que con transformación de materia se producen, por las propiedades conocidas de la materia y de la energía; y el Angel de las Escuelas, Santo Tomás, dijo que, exceptuando el alma humana, no hay que buscar en la explicación de los fenómenos vitales, principios más altos que los ordinarios agentes naturales.

El elemento primordial de los seres vivientes es la célula, el elemento anatómico y fisiológico, el átomo vivo por decirlo así. La célula, a pesar de su reducido tamaño, que se cuenta por milésimas de milímetro y aún menos, es complejo extraordinariamente complicado: posee membrana, protoplasma, núcleo, aparato de Golgi, mitocondrias, etc., etc.

(1) Procuraré, mientras pueda, no cambiar en esencia la forma de exposición, aunque resulta difícil por no haber tomado notas, lo que hará seguramente que omita algunas ideas del señor Rocasolano y en cambio introduzca alguna otra no expuesta por dicho señor.

Algunas células están fuera del poder definidor del microscopio, por ser tan diminutas, pues el poder de definición de un microscopio está limitado por las longitudes de onda de las vibraciones luminosas, según indica la teoría de Abbe. Ni aún empleando los rayos ultravioletas, que son los de menor longitud de onda, se consigue distinguir algunos microorganismos.

¿Es que no hay medio para demostrar la presencia de partículas con esas pequeñísimas dimensiones? Sí; le hay. Todos hemos visto, cuando un rayo de sol penetra en una habitación oscura, innumerables partículas de polvo que danzan caprichosamente en el aire; estas partículas son invisibles, sin embargo, en otras condiciones. De una manera análoga se pueden hacer visibles partículas mucho más pequeñas, las ultramicroscópicas.

Cuando los rayos de luz atraviesan un medio con partículas opacas y ultramicroscópicas, se difractan siguiendo las leyes descubiertas por Lord Rayleigh, y aparecen las partículas como pequeños focos de luz, siendo visibles las manchas de difracción, si están situadas en el campo de un microscopio, siempre que dicho campo presente un fondo oscuro.

La materia viva estudiada desde el punto de vista físico-químico, es un líquido viscoso, formado por un medio de dispersión, el agua, en el que hay partículas dispersas de tamaño variado, bajo la forma de solutoídes, algunos iónicos, otros moleculares; micelas de albuminoides y de otros coloides; gránulos en emulsión o suspensión. En este sistema de dinamismo constante y nunca alejado del equilibrio, se desarrollan todas las funciones de la vida. Las fuerzas que intervienen en este complejo de sistemas, son de naturaleza físico-química, y los estudios modernos acerca de los sistemas coloidales abren una brecha en el misterio maravilloso de lo vital; pronto dejará de ser maravilloso, porque como dice Aristóteles, lo maravilloso es lo ignorado y una vez que desaparece el misterio, desaparece también la maravilla.

La materia viva es, según hemos dicho, un sistema disperso. Los sistemas dispersos, constituidos por un medio (medio de dispersión) en el que se encuentran porciones materiales más o menos divididas, reciben se-

gún el tamaño de las porciones dispersas, los nombres de emulsiones o dispersiones, dispersoides o disoluciones coloidales, y dispéridos o disoluciones verdaderas (también solutoídes). Las propiedades físicas dependen en gran parte del tamaño de las partículas dispersas o, lo que es casi equivalente, del grado de dispersión que es la relación de la superficie de la fase dispersa a su volumen, según establece Ostwald en su sistemática.

No hay límite de separación natural entre unos y otros sistemas dispersos; el límite que se admite es puramente convencional.

La materia viviente se individualiza en organismos sencillos, que a su vez pueden agruparse constituyendo progresivamente individualizaciones de jerarquía superior.

Hace tiempo no se conocían más seres vivos que los animales y vegetales considerados en su conjunto; Bichat, a principios del siglo pasado, localizó la vida en los tejidos; Turpin y Schwann, más tarde, en la célula. ¿No ocurrirá con la célula lo que con el átomo de la Química clásica? Este era considerado como indivisible y hoy se sabe positivamente que no lo es: el átomo se compone de cargas elementales de electricidad negativa, electrones, que dispuestos en pisos describen órbitas alrededor de un núcleo de protones cargados positivamente. Estos protones están constituidos por cuerpos químicos de escaso peso atómico y pertenecen a la familia de los argónidos. Los experimentos modernos han conseguido obtener hidrógeno y helio bombardeando otros cuerpos con los rayos alfa del radio, y con estos mismos rayos se ha medido la carga eléctrica de los protones, considerando las desviaciones hiperbólicas que experimentan al pasar cerca de los núcleos atómicos.

¿Admitirá división la célula en órganos con vida independiente? ¿La tendrán las granulecillas que forman los organitos intracelulares? El más insigne de los histólogos, nuestro Cajal, dice a propósito de esta hipótesis (hipótesis citocolonial): «preséntase actualmente a mi espíritu, con caracteres de creciente verosimilitud y simpatía; es más, hemos descubierto algunos hechos de metamorfosis intracelular, difícilmente explicables si no se acepta que el armazón protoplásmico es algo vivo y relativamente autónomo, a su vez

integrado por unidades vivientes invisibles.»

¡Qué admirable unidad! Los seres vivientes formados de células; las células formadas en último término de un sistema disperso; este sistema compuesto de moléculas; las moléculas de átomos; los átomos compuestos de una misma materia. Esta materia fundamental y la energía se confunden, como lo demuestra el hecho de que la masa aumente con la velocidad verificando la ecuación de Fitzgerald-Lorentz; es más, hasta el tiempo se entrelaza y funde con el espacio, según piensa Einstein. Esta unidad dentro de una inmensa variedad, es de una suprema belleza, y hace más portentosa la creación y majestuoso al Creador que supo no sólo crear mundos, sino forjar almas...

NARCISO A. FERNÁNDEZ CORTÉS

El motín de Esquilache en Zaragoza (1766)

I

He de comenzar por justificar el título que encabeza estas líneas. No creo, ni puede creerse a vista de las Relaciones y documentos que luego citaremos, que el motín de Zaragoza del año 1766 fuera una repercusión del de Esquilache de Madrid, una consecuencia inmediata de éste. Sin embargo, uno y otro, como los acaecidos el mismo año en diversas poblaciones de España, son efectos de una misma causa: la decadencia económica, agravada por años de mala cosecha; nunca pudo justificarse mejor el conocido refrán de *donde no hay harina todo se vuelve mohina*. He aquí por qué todos esos movimientos populares, dirigidos quizá por algún político influyente, tienen mucho de común; en todos ellos se pide el abaratamiento de la vida y se clama contra el mal gobierno de los encargados de ejercerlo. Por eso no hay inconveniente en darles un nombre general, un apelativo que abarque a todos, y como Esquilache es la principal figura del gobierno de Carlos III en este tiempo, y una de las consecuencias del motín de Madrid, el primero en producirse, fué la caída de este poderoso ministro, su nombre nos sirve para adjetivar a todos estos movimientos populares.

II

Ciertos historiadores extranjeros e hispanófilos, al tratar del motín de Esquilache lo han hecho con mal disimulado sarcasmo. ¡Qué consideración merece un pueblo que se amotina y obliga a la expulsión de un ministro de talento, porque se le ordena acortar las capas y cambiar la forma de los sombreros? De ser esto así, el pueblo español de aquel entonces, merecía por lo menos los calificativos de rutinario y excesivamente patriótero. Pero las cosas son como son y no como quieren que sean, o presentarlas, ciertos historiadores.

La ley económica, principal motor de los hechos históricos, es en este caso el único y exclusivo. La decadencia económica de España, triste legado de los Austrias, aunque contenida y corregida en parte por los Borbones, continuaba latente, y cuando esto se manifestaba más y mejor era en años de sequías pertinaces (1760-1765). El pueblo de entonces, como el de ahora, comparaba sus miserias con la opulencia en que vivían algunos gobernantes, y no dudaba en hacer causa de sus desdichas al mal gobierno y a las medidas desacertadas de algunos ministros. Este es el caso de Esquilache y del motín de Madrid que lleva su nombre, con la particularidad que muchas de las acusaciones hechas al político italiano eran ciertas, y que daba motivo por muchos detalles de su conducta a la malquerencia del pueblo español.

La carestía de los artículos de primera necesidad fué consecuencia inmediata de cosechas escasas, sin que para nada influyeran en esto las medidas administrativas y urbanas de Esquilache, pero también sin que este ministro, fuera por imposibilidad o indiferencia, hiciera gran cosa para remediar esta carestía. A este motivo de descontento se unía la condición extranjera de Esquilache, y sobre todo su desmedida avaricia y la de la marquesa, su mujer, catalana, de la que se aseguraba que hacía venales cuantos empleos podía del ministerio de su marido, y que tenía la bajeza de hacer se vendiesen en su casa el tabaco, chocolate, cacao y otros artículos de lo mucho que les regalaban. En este estado de cosas, el Marqués de Esquilache tuvo la ocurrencia de avivar el fuego encendido contra él, mandando publicar, el 10 de Marzo de 1766, un bando en el que hacía ge-

neral, bajo pena de multa y cárcel, la orden de acortar las capas y de sustituir los sombreros redondos y caídos por los de tres picos (1). La medida podrá o no parecer imprudente; lo que no ofrece lugar a duda es la imprudencia y poco tacto del Marqués, que no comprendió, o que despreció, el estado de ánimo del pueblo, y dió con esto pábulo a su excitación y motivo ocasional al motín. La avaricia del Marqués y la desenvoltura de su cónyuge fueron, desde el principio, los blancos de las mordaces lenguas del pueblo, y así al comenzar los disturbios, el 25 de Marzo, en la plaza de Antón Martín, el enorme gentío de hombres, mujeres y muchachos, llamaba a toda voz al Marqués, ladrón, y a su mujer, p... del rey, porque entraba en Palacio con alguna más satisfacción y confianza que otras señoras, haciendo quitar a todos, aunque fuesen soldados, el sombrero de tres picos (2).

No es mi objeto tratar, ni aun a la ligera, del motín de Madrid, y con lo dicho es suficiente para comprender que éste y el de Zaragoza obedecen a las mismas causas. En Zaragoza no hubo bando prohibiendo el uso de capas largas y chambergos, pero la noticia de lo ocurrido en Madrid con el abaratamiento consiguiente de los artículos de primera necesidad, si no determinó el movimiento de Zaragoza, lo alentó y le dió fuerzas y esperanzas, y así como en Madrid fueron el blanco de las iras populares los Marqueses de Esquilache, el pueblo zaragozano dirigió las suyas contra el intendente corregidor, Marqués de Avilés, y contra los usureros.

Terminaremos estas líneas con las del más famoso historiador del reinado de Carlos III: D. Carlos Gutiérrez de los Ríos, VI conde de Fernán Núñez: «El tumulto de Madrid, que se imitó con más fuerza en Zaragoza, dió motivo y medios para echar de España una Sociedad que, aunque había hecho mucho bien al reino tenía en él mu-

chos enemigos, y entre ellos el Duque de Alba» (1).

III

Aparte de la Relación que íntegra publicamos, existen de este suceso otras que permiten el estudio detallado e incidental del mismo.

Hay que citar, en primer lugar, la que podemos calificar de oficial; la de Tomás Sebastián Latre (2), concuerda, en esencia, con la que transcribimos, de tal modo, que sólo por la rareza de la Relación de Latre lo hacemos (3).

La *Gaceta de Madrid*, muy preocupada entonces por los hechos diplomáticos y de política exterior, sólo una vez alude a estos sucesos (4); en cambio, nos da noticia de una Relación detallada de los mismos (5).

Don Francisco Mariano Nifo, el más famoso periodista del reinado de Carlos III, escribió una Descripción del motín de Zaragoza (6), Sempere y Guarinos no nos dice ni en dónde ni en qué año.

No hemos podido encontrar la Relación anunciada en la *Gaceta* ni la de Nifo.

No termina aquí la bibliografía del motín zaragozano: a las indicadas hay que añadir las dos obras del famoso economista Anzano: Reflexiones económico políticas (7) y

(1) Vida de Carlos III escrita por el conde de Fernán Núñez. Pub. con la biografía del autor, apéndices y notas por A. Morel-Fatio y A. Paz Mella. Madrid. Lib. de los Bibliófilos. MDCCCXCVIII. Pág. 204. Tomo I.

(2) Relación individual y verídica del suceso acontecido en la ciudad de Zaragoza el día 6 de abril de 1766 y de todos los demás progresos. Formada de orden de S. M. y escrita por encargo del marqués de Castelar, gobernador y capitán general del Reyno de Aragón, y presidente de su Real Audiencia. Por don Tomás Sebastián y Latre. Vista y aprobada por el real acuerdo de este Reyno. Zaragoza 1766.

(3) La figura de Sebastián Latre es importante en la literatura española. Enthusiasta del teatro francés, trataba de regenerar el nuestro por medio de traducciones y arreglos; él mismo puso en verso y tradujo la tragedia de Racine: el Británico. Es autor de «Ensayo sobre el teatro español». Zaragoza 1772.

(4) *Gaceta de Madrid* del 29 de Abril de 1766.

(5) En la *Gaceta* del 15 de Mayo de 1766 se anuncia: Relación verdadera y circunstanciada de todo lo acaecido en la ciudad de Zaragoza desde 1.º de Abril de este presente año de 1766 hasta el 15 del dicho, sacada de cartas, y Relaciones enviadas a Madrid a personas de dignidad y respeto: Se hallará en la librería de Orce, calle de la Montera.

(6) La encontramos mencionada en el Ensayo de una biblioteca de los mejores escritores del tiempo de Carlos III.

(7) Reflexiones económico-políticas sobre las causas de la alteración de precios, que ha padecido Aragón en estos últimos años en lo general de los abastos, y demás cosas necesarias al mantenimiento del hombre, por don Tomás Anzano, secretario de la Intendencia del ejército y Reyno de Aragón. Zaragoza Imp. de Joseph Fort. Año 1768.

(1) En el reinado de Fernando VI y primeros años del de Carlos III se había prohibido el uso de las capas, gorros y embozos en los teatros y en los paseos públicos. Con este precedente, Esquilache prohibió el uso de las capas largas y chambergos a los empleados de Palacio y oficinas del Estado y luego a los dependientes de los Cinco Gremios Mayores.

(2) Relación del motín de Madrid, con las causas y motivos que para ello hubo, en 1766. Forma parte del tomo de manuscritos que luego citaremos.

Discursos sobre los medios que pueden facilitar la restauración de Aragón (1). Estas dos obras nos dan cuenta exacta del estado económico de Aragón e implícitamente de la verdadera causa de los hechos que nos ocupan. El molín del año 1766 y los de los años 1764 y 1765, que obedecen a los mismos motivos, impulsaron a Anzano a escribir estas obras; bien claramente lo expresa en la siguiente nota incluida en la vuelta de la portada de sus Discursos: «Los tristes y funestos acontecimientos de los años 1764, 65 y 66 dieron ocasión a este escrito. Se trabajó entonces, arreglándome al estado y constitución de aquel tiempo. No estamos al presente en la misma situación; sin embargo conducen estas Reflexiones para conocer las causas de aquellos sucesos, y de lo que es muy posible vuelva a suceder».

IV

Explícitamente va declarada, en las líneas que anteceden, la causa y verdadero motivo de los disturbios de Zaragoza y de los que ocurrieron en los mismos mes y año en Cuenca, Palencia y otras poblaciones de Castilla, de Andalucía y Navarra, en Barcelona y otras de Cataluña, y por último en Guipúzcoa; rara fué la población importante de España que no se conmoviera en esta fecha, síntoma esto de un malestar general y de un estado de descontento que por nuestra desgracia se repite a menudo.

Como nuestro objeto es el exclusivo estudio de lo sucedido en Zaragoza, dentro de la situación general de España, nos interesa especialmente decir algo acerca de la situación económica de Aragón, y esto lo haremos a vista de las obras de los más famosos economistas de este reino, y especialmente de las ya citadas de Anzano.

La potencialidad económica de Aragón, en el siglo XVIII, radicaba en su Agricultura, y dentro de ésta en el trigo; la cosecha abundante o escasa de este artículo, regulaba principalmente la situación económica de la mayor parte del reino. Protección de la Agricultura y regularización del comercio de granos son las unánimes necesidades sentidas en Aragón en este tiempo; el pueblo y los eco-

nomistas, cuyo mérito consiste en darse cuenta de las ansias y deseos generales, las proclaman y las piden; aquél, a voz en grito y a veces tumultuosamente, éstos, por medio de sus escritos.

La decadencia de la Agricultura repercutía en toda la vida económica y obedecía a diversas causas. La que se ofrece a primera vista y a juicio de los economistas la más alarmante, era la despoblación general del reino y la especial de los campos; los dueños por vivir en las capitales abandonan sus tierras a manos de arrendadores y bailes: el absentismo era, y lo es actualmente, una de las plagas sociales más terribles y que más interesaba combatir. Quizá la legislación, poco protectora de la Agricultura, determinara en aquellos tiempos el deseo de no ser labrador, profesión despreciada y cargada de toda clase de gravámenes; no sin razón decía Pedro Fernández Navarrete: «El importante estado de la Agricultura está puesto sobre los flacos hombros de los labradores, contra quien se cortan siempre las cabilosas plumas de los escribanos, se afilan las espadas de los soldados, y se encaminan las perjudicables máquinas de los arbitristas». Con esto no nos ha de extrañar la extensión de los baldíos.

DR. AMANDO MELÓN Y RUIZ DE GORDEJUELA
Catedrático de la Universidad de Valladolid

(Continuará)

Varia

Giovanni Verga.—En Agosto de 1920, los literatos italianos rindieron homenaje de admiración y respeto afectuoso al «solitario de Catania», el gran novelista Giovanni Verga, que acababa de cumplir ochenta años.

Mucho tiempo antes el maestro de la novela naturalista en Italia había dejado de escribir. Y a su retiro, apacible y recoleto, fué a buscarle la devoción de los escritores y artistas de la pasada y de la nueva generación.

La obra literaria de Giovanni Verga puede dividirse en dos épocas. En la primera, sobre un fondo exaltado y doloroso, una forma realista. La influencia francesa se percibe con claridad, muy singularmente la de Dumas, hijo, y la de Octavio Feuillet.

Pertencen a esta época las novelas: *Una pecadora*, *Historia de una novicia*, *Eva*, *Tigre real* y *Eros*.

(1) Discursos sobre los medios que pueden facilitar la restauración de Aragón. Continuación de las Reflexiones económico-políticas. Zaragoza 1768.

El personaje central de todas estas novelas es, bajo distintos nombres y encarnaciones, siempre el mismo: la mujer fatal, frívola, caprichosa y vana unas veces, atormentadora, insaciable y trágica, otras. El hombre se acerca a ella con el presentimiento de que se aproxima a un abismo, pero le faltan fuerzas para ponerse en salvo y resistir. Entra en el remolino de seducción y de pasión y sale de él maltrecho, roto, muerto o inútil para la vida.

En la segunda época, Giovanni Verga escribe bajo la influencia naturalista. Los prólogos que acostumbra poner a sus novelas exponen, sin ánimo de dogmatizar, pero con gran convencimiento, los principios de la escuela: objetividad e impersonalidad de la obra, estudio del «documento humano», influencia del ambiente social... El autor busca los personajes de sus obras entre la gente oscura y anónima: la pequeña burguesía y el pueblo.

Inauguraron este período dos tomos de narraciones: *La vida de los campos* y *Cuentos rústicos*.

Son narraciones breves, sombrías, ricas de color y firmes de trazo. El autor cuenta en ellas la vida llena de pasión y miseria del campesino siciliano.

Algunas de estas narraciones fueron llevadas más tarde a la escena por el mismo autor. Una entre todas alcanzó singular renombre: *Cavallería rusticana*.

A la misma inspiración pertenecen: *I Malavoglia* y *Maestro don Gesualdo*, las dos novelas mejor logradas de G. Verga. Figuran, con razón, entre las mejores de la literatura italiana.

La idea—y el sentimiento—que les da vida, la expone así el autor en el prólogo de *I Malavoglia*: «El camino fatal, incesante, a menudo fatigoso y febril que sigue la humanidad para alcanzar la conquista del progreso, es grandioso en su resultado, visto en conjunto y de lejos. En la luz gloriosa que lo acompaña se borran las inquietudes, la avidez, el egoísmo, todas las pasiones que se transforman en virtudes, todas las debilidades que ayudan a la inmensa labor», se olvida «a los débiles que se dejaron sobrepasar para acabar más pronto y a los vencidos que levantan los brazos desesperados y doblan la cabeza bajo el pie brutal de los que avanzan».

I Malavoglia y *Maestro don Gesualdo* es el

estudio, prodigioso, de dos *vencidos* en esta lucha.

El apellido Verga es español. El gran novelista descendía, a lo que parece, de un Lain Gonzalo de Verga que en tiempo de Pedro de Aragón llegó a Italia y se afincó en Sicilia.

Registro bibliográfico

ENRICO CARRARA: *Presagi di dannazione*. Roma, 1921. Nueva muestra de la amenísima erudición del ilustre profesor italiano. Trátase de una interpretación interesantísima y un comentario sutil y certero al episodio de Caronte, en la *Divina Comedia*.

BERNARDO P. SUÁREZ: *El ideal del cóndor*. Jujuy, 1920.—*América*. Buenos Aires, 1921.—Poemas llenos de ardor y patriotismo. Bernardo P. Suárez siente intensamente el amor a la tierra natal y a la vieja España, madre gloriosa de tantas gloriosas hijas.

ANGEL ESPINOSA: *Linterna*. Madrid, 1921.—Hermoso libro de versos. Es posible que no estén conformes con él—al orden literario nos referimos—los avanzados, por no ser avanzado, ni los retrógrados, por no ser retrógrado; y precisamente en eso está su mayor excelencia: en ser independiente, en no constreñirse, como hacen muchos mezquinos, en los límites de tal escuela o escuelilla. Espinosa es poeta, y con eso tiene bastante.

Anotaciones

La REVISTA CASTELLANA acompaña en su dolor, rindiendo el más sincero pésame a su director meritisimo don Narciso Alonso Cortés, por el reciente fallecimiento de su hijo Pepito Alonso, alumno aventajadísimo del 6.º año del Bachillerato, a quien una rápida enfermedad ha separado de las aulas de nuestro Instituto, en las que había reconcentrado todos sus amores, sus energías y sus triunfos.

En los albores de su juventud candorosa y ejemplar, deja su alma una estela de simpatías y dulces recuerdos, pues se había granjeado el afecto de cuantos le conocieron y trataron, siendo por esta causa su muerte muy sentida.

Así se patentizó en los funerales celebrados en la parroquia de San Martín y en la conducción del cadáver, acto que constituyó una imponentísima manifestación de duelo a la que asistieron además todas las autoridades de esta capital.

Nuestro pésame se hace igualmente extensivo a la familia de nuestro querido compañero.